

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

4, 11, 18 y 25 de octubre de 2020

MD 2020 / 13

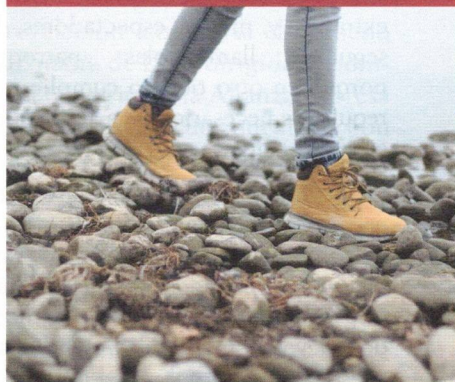
AVANZANDO, SIN OLVIDAR LO ESENCIAL

Estamos en pleno otoño, coletea ya el calendario litúrgico, el camino de cada uno está un poco más avanzado... Muchos, quizá más optimistas, tienden a imaginar el futuro nutrido de buenos planes (Jr 29, 11). Otros tantos, quizá más pesimistas, añoran las ollas de carne de antaño (Ex 16, 3). Ahora bien, me atrevería a decir que no pocos nos centramos en cosas que, con facilidad, nos distraen de lo esencial.

Por ello, estas líneas quieren ser una invitación a avanzar, sin olvidar lo esencial. Es una invitación para recordar quién nos amó primero, quién nunca dejó de amarnos en ningún momento, quién nos permitió participar del amor extremo... Cada domingo, día en que el Señor convoca a toda la comunidad, es una oportunidad para encontrarnos con Él, para poder gustar de lo esencial.

El Evangelio que se proclamará el último de los domingos de este mes de octubre nos va a recordar cuál es el mandamiento más esencial. Este pasaje (Mt 22, 34-40), o el paralelo de Marcos (Mc 12, 28b-31), se va a proclamar tres veces durante este año litúrgico. Son tres ocasiones para recordar que nuestra primera tarea es «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente» y la segunda «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». No podemos olvidar, pues, que del mandato del amor a Dios se deriva el del amor al prójimo y a uno mismo. Ahora toca seguir caminando, amando...

D. 27 del tiempo ordinario / A
D. 28 del tiempo ordinario / A
D. 29 del tiempo ordinario / A
D. 30 del tiempo ordinario / A



ALBERTO PARA

PARROQUIA: COMUNIDAD CRISTIANA VIVA

Al buscar en el diccionario la definición de parroquia, me gustaría que pusiera: «Lugar donde se reúne una comunidad cristiana viva en torno a un presbítero, delegado del obispo para pastorearla en su nombre». Si analizáramos desde esta perspectiva nuestras comunidades cristianas, muchas no superarían el examen. Ya que nuestras parroquias son en muchas ocasiones edificios donde un sacerdote celebra la Eucaristía con la presencia de fieles que asisten como extraños y mudos espectadores. Pero seguimos llamándolas «parroquias» porque en otro tiempo cumplieron los requisitos necesarios para serlo, aunque en la actualidad ya no den la talla.

En los inicios, los cristianos se reunían en torno al obispo en una misma y única comunidad. Sin embargo, al aumentar su número de integrantes fueron disgregándose grupos de fieles, naciendo nuevas comunidades atendidas por presbíteros en nombre del obispo.

¿Qué características debería tener un conjunto de fieles para considerarlo independiente, autónomo, y constituirse en parroquia? Sin lugar a dudas que debería contar con tres dimensiones fundamentales: catequesis/evangelización, caridad y liturgia. Respecto a esta última, que es la que nos atañe, en la celebración tendrían que florecer diferentes carismas, presentes en la Iglesia desde los orígenes: acólitos, lectores, salmistas, cantores, músicos, monitores, responsables de la acogida, etc. Y de este modo, ser una comunidad en la que cada cual hiciera todo y solo aquello que le corresponde, quedando desterra-

dos los sacerdotes que acaparan todos los ministerios actuando cual «hombre orquesta». Esto repercutiría en un culto mejor celebrado, más vivo, más atractivo, más evangelizador.

Poner esto en práctica, significaría que no en todos los lugares donde haya cristianos se debe celebrar la Eucaristía. Sino que, si no cumplen los requisitos pertinentes, tendrían que unirse a otro grupo de cristianos. Recordemos cómo en las prescripciones para comer el cordero pascual se indica que «si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa» (Ex 12,4). Por ello, al igual que en la antigüedad se fueron disgregando comunidades al convertirse en autónomas, ahora al haber dejado de ser autónomas tendrían que ir unificándose en una única comunidad que cumpliera con los requisitos mencionados.

Poner esto en práctica, significaría que los domingos no haya misa en todos los pueblos, en todos los barrios, en la «puerta de la casa» de cada uno. Y que, por otra parte, disminuya la pluralidad de horarios de misas en una misma parroquia cuyo fin es facilitar el cumplimiento del precepto dominical, pero que desfiguran el auténtico sentido de la única comunidad reunida.

En definitiva, disminuiría el número de parroquias «mediocres», que simplemente subsisten, para ganar en parroquias «auténticas», fruto de la unión de fuerzas dispersas.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

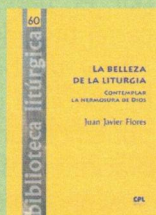
Artículo publicado en Galilea. 153 núm. 11

UNA LITURGIA QUE EVANGELIZA POR SU PROPIA BELLEZA

La liturgia tiene una propia capacidad evangelizadora intrínseca. Esto significa que la liturgia es una realidad evangelizadora por sí misma, aunque no sea un instrumento directo para la evangelización. La liturgia es el lugar, no el único, pero sí el decisivo en que el Evangelio de Cristo (Rom 15,19) se realiza, por eso la liturgia es Evangelio en acto. Esta capacidad evangelizadora de la liturgia es del todo diversa de las otras formas de evangelización porque ella es acción, pero no una acción cualquiera sino una acción simbólica, es decir una acción que evoca, pero que a su vez une. Es una acción santa. La acción que es la liturgia es la más eficaz de las acciones de la Iglesia porque en ella Dios por medio de la acción de su Espíritu, actúa de modo infinitamente más real y poderoso. Una acción que es a su vez acontecimiento actual de salvación y como acontecimiento, como acción, es un hecho que acontece ahora y aquí, una experiencia actual, un encuentro con Jesús, el Señor en su dimensión pascual de salvación.

A partir de la Palabra celebrada, la liturgia evangeliza en modo extraordinario y total. Lo dice claramente la exhortación sobre la Palabra de Dios: «Al subrayar la pluriformidad de la Palabra, hemos podido contemplar que Dios habla y viene al encuentro del hombre de muy diversos modos, dándose a conocer en el diálogo. Como han afirmado los padres sinodales, “el diálogo, cuando se refiere a la revelación, comporta el primado de la Palabra de Dios dirigida al hombre”. El misterio de la Alianza expresa esta relación entre Dios que llama con su Palabra y el hombre que responde, siendo claramente consciente de que no se trata de un encuentro entre dos que están al mismo nivel; lo que llamamos antigua y nueva alianza no es un acuerdo entre dos partes iguales, sino puro don de Dios. Mediante este don de su amor, supera toda distancia y nos convierte en sus colaboradores, llevando a cabo así el misterio nupcial de amor entre Cristo y la Iglesia. En esta visión, cada hombre se presenta

El pasado mes de febrero se concedió el VI Memorial Pere Tena al P. Juan Javier Flores, monje benedictino de Sto. Domingo de Silos y eminente liturgista. El CPL ha publicado su libro *La belleza de la liturgia* (Biblioteca Litúrgica 60), a partir del cual el mismo padre Flores pronunció su conferencia el día de la entrega. En anteriores entregas de MD y hasta hoy, os hemos ofrecido algunos fragmentos de la misma.



como el destinatario de la Palabra, interpelado y llamado a entrar en este diálogo de amor mediante su respuesta libre. Dios nos ha hecho a cada uno capaces de escuchar y responder a la Palabra divina. El hombre ha sido creado en la Palabra y vive en ella; no se entiende a sí mismo si no se abre a este diálogo. La Palabra de Dios revela la naturaleza filial y relacional de nuestra vida. Estamos verdaderamente llamados por gracia a conformarnos con Cristo, el Hijo del Padre, y a ser transformados en él» (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 22). La Palabra, pero también el gesto, el rito y las múltiples acciones de la liturgia evangelizan por sí; y a través de su propia belleza ayudan a la evangelización.

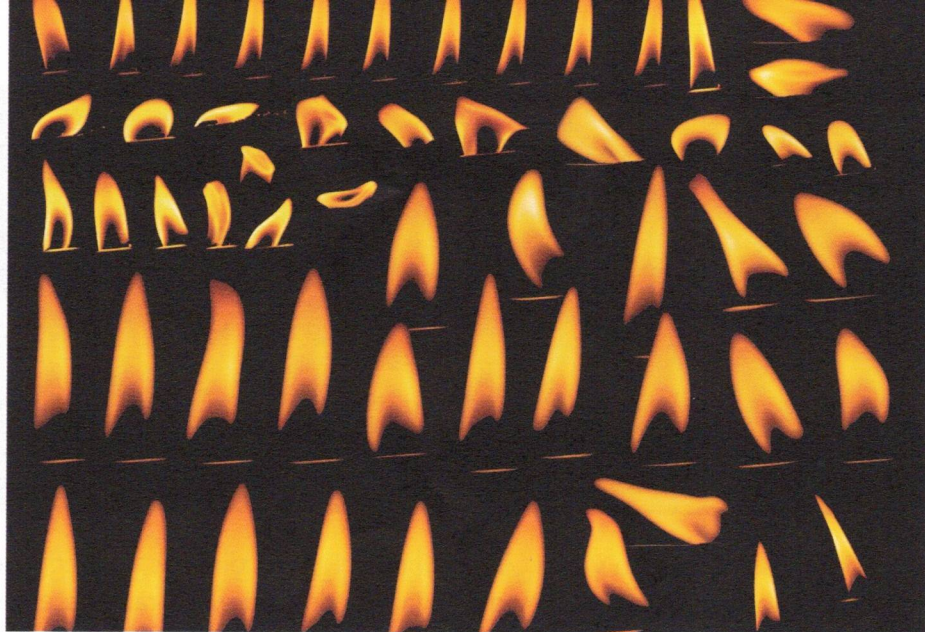
Evangeliza, por supuesto también la oración comunitaria o Liturgia de las Horas, como evangelizan los sacramentos y sacramentales y como evangelizan todas las acciones litúrgicas por su propia naturaleza.

Y si la liturgia, sobre todo, tiende a encontrarnos con Jesucristo y este contacto es una comunicación de mensajes a partir de la Palabra y del sacramento, ese encuentro con Cristo es la finalidad de la evangelización de hoy y de siempre. Por eso evangelizando y celebrando contemplaremos la hermosura de Dios.

Juan Javier Flores, *La belleza de la liturgia. Contemplar la hermosura de Dios*. Biblioteca Litúrgica, 60. CPL, 2020. Del capítulo III: «Holgarnos de la hermosura divina»

Recordamos que el año pasado, con motivo de los 100 años de la Carta apostólica de Benedicto XV *Maximum illud* sobre la tarea misionera de la Iglesia en el mundo, y coincidiendo también con el Año misionero extraordinario convocado por el papa Francisco, publicamos un cartel titulado «La misión» (Vida cristiana 12), y también una hoja verde sobre la misión «Ad gentes» (Ministerios 33); disponemos también de una hoja verde con oraciones específicas para una vigilia de oración sobre el Domund (Oración 29).





TODOS, LLAMADOS A LA SANTIDAD

En la Iglesia, **todos los cristianos están llamados a la santidad según lo que dice el apóstol:** «Dios quiere que viváis en santidad» (1 Te 4,3; cf. Ef 1,4).

Llamados a la santidad

El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumidor: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48) . Envió a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. Mt 12,30) y a amarse mutuamente

como Cristo les amó (cf. Jn 13,34; 15,12). Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. **En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron.**



El Apóstol les amonesta a vivir «como conviene a los santos» (Ef 5, 3) y que como «elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia» (Col 3, 12) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. Gal 5, 22; Rom 6, 22). Pero como todos caemos en muchas faltas (cf. Sant 3,2), continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt 6, 12).

Es, pues, completamente claro que **todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana** y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. [...]

Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados

por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios. [...]

Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo.

Este pasaje está tomado de la Constitución dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, núms. 40-41 promulgada en noviembre de 1964.



Los santos de la puerta de al lado

6. No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. **El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios**, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (LG 9). El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. **No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo**, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo.

7. Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces **la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios**, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad»

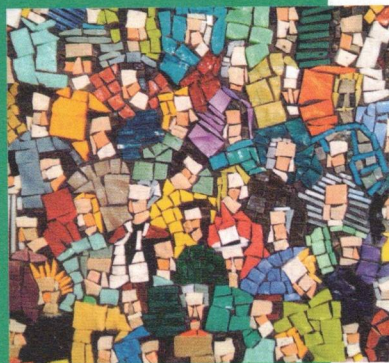
8. Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta **a través de los más humildes miembros de ese pueblo** que «participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad» (LG 12). Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la

Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: «En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. **Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia.** Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado».

9. La santidad es el rostro más bello de la Iglesia. Pero aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita «signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo» (NMI 56). Por otra parte, san Juan Pablo II nos recordó que «el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes» (TMA29). En la hermosa conmemoración ecuménica que él quiso celebrar en el Coliseo, durante el Jubileo del año 2000, sostuvo que los mártires son «una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división».

Este pasaje está tomado de la exhortación apostólica del papa Francisco, *Gaudete et exultate* sobre la llamada a la santidad en el mundo actual de 2018.

1. ¿La llamada universal a la santidad es un descubrimiento para mí?
2. Para mí, ¿qué imágenes expresan la santidad? ¿En mi entorno, hay rostros, formas de vida... que me evocan la santidad? ¿Cuáles y cómo?
3. ¿Cuáles son las palabras o las expresiones de estos pasajes en los que el Concilio o el papa Francisco insisten para que cada uno entre en esta vocación? ¿Me interpelan? Permito que estas palabras me interpielen: ¿Puedo creer que también yo estoy implicado y llamado a ser santo? Dios me llama a seguirle desde siempre... ¿Qué respuesta deseo y puedo dar hoy?



MENSAJE DEL PAPA PARA EL DOMUND 2020

La misión en tiempos de pandemia: «Aquí estoy, mándame»

Queridos hermanos y hermanas: Doy gracias a Dios por la dedicación con que se vivió en toda la Iglesia el Mes Misionero Extraordinario durante el pasado mes de octubre. Estoy seguro de que contribuyó a estimular la conversión misionera de muchas comunidades, a través del camino indicado por el tema: «Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo».

En este año, marcado por los sufrimientos y desafíos causados por la pandemia del COVID-19, este camino misionero de toda la Iglesia continúa a la luz de la palabra que encontramos en el relato de la vocación del profeta Isaías: «Aquí estoy, mándame» (Is 6,8). Es la respuesta siempre nueva a la pregunta del Señor: «¿A quién enviaré?». Esta llamada viene del corazón de Dios, de su misericordia que interpela tanto a la Iglesia como a la humanidad en la actual crisis mundial. «Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: "perecemos", también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos» (Meditación en la Plaza San Pedro, 27 marzo

2020). Estamos realmente asustados, desorientados y atemorizados. El dolor y la muerte nos hacen experimentar nuestra fragilidad humana; pero al mismo tiempo todos somos conscientes de que compartimos un fuerte deseo de vida y de liberación del mal. En este contexto, la llamada a la misión, la invitación a salir de nosotros mismos por amor de Dios y del prójimo se presenta como una oportunidad para compartir, servir e interceder. La misión que Dios nos confía a cada uno nos hace pasar del yo temeroso y encerrado al yo re-encontrado y renovado por el don de sí mismo.

En el sacrificio de la cruz, donde se cumple la misión de Jesús, Dios revela que su amor es para todos y cada uno de nosotros. Y nos pide nuestra disponibilidad personal para ser enviados, porque Él es Amor en un movimiento perenne de misión, siempre saliendo de sí mismo para dar vida. Por amor a los hombres, Dios Padre envió a su Hijo Jesús. Jesús es el Misionero del Padre: su Persona y su obra están en total obediencia a la voluntad del Padre. A su vez, Jesús, crucificado y resucitado por nosotros, nos atrae en su movimiento de amor; con su propio Espíritu, que anima a la Iglesia, nos hace discípulos de Cristo y nos envía en misión al mundo y a todos los pueblos (...).

La misión es una respuesta libre y consciente a la llamada de Dios, pero podemos percibirla solo cuando vi-

vimos una relación personal de amor con Jesús vivo en su Iglesia. Preguntémonos: ¿Estamos listos para recibir la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida, para escuchar la llamada a la misión, tanto en la vía del matrimonio como de la virginidad consagrada o del sacerdocio ordenado, como también en la vida ordinaria de todos los días? ¿Estamos dispuestos a ser enviados a cualquier lugar para dar testimonio de nuestra fe en Dios, Padre misericordioso, para proclamar el Evangelio de salvación de Jesucristo, para compartir la vida divina del Espíritu Santo en la edificación de la Iglesia? ¿Estamos prontos, como María, Madre de Jesús, para ponernos al servicio de la voluntad de Dios sin condiciones? Esta disponibilidad interior es muy importante para poder responder a Dios: «Aquí estoy, Señor, mándame». Y todo esto no en abstracto, sino en el hoy de la Iglesia y de la historia.

Comprender lo que Dios nos está diciendo en estos tiempos de pandemia también se convierte en un desafío para la misión de la Iglesia. La enfermedad, el sufrimiento, el miedo, el aislamiento nos interpelan. Nos cuestiona la pobreza de los que mueren solos, de los desahuciados, de los que pierden sus empleos y salarios, de los que no tienen hogar ni comida. Ahora, que tenemos la obligación de mantener la distancia física y de permanecer en casa, estamos invitados a redescubrir que necesitamos relaciones sociales, y también la relación comunitaria con Dios. Lejos de aumentar la desconfianza y la indiferencia, esta condición debería hacernos más atentos a nuestra forma

de relacionarnos con los demás. Y la oración, mediante la cual Dios toca y mueve nuestro corazón, nos abre a las necesidades de amor, dignidad y libertad de nuestros hermanos, así como al cuidado de toda la creación. La imposibilidad de reunirnos como Iglesia para celebrar la Eucaristía nos ha hecho compartir la condición de muchas comunidades cristianas que no pueden celebrar la Misa cada domingo. En este contexto, la pregunta que Dios hace: «¿A quién voy a enviar?», se renueva y espera nuestra respuesta generosa y convencida: «¡Aquí estoy, mándame!» (Is 6,8). Dios continúa buscando a quién enviar al mundo y a cada pueblo, para testimoniar su amor, su salvación del pecado y la muerte, su liberación del mal.

La celebración la Jornada Mundial de la Misión también significa reafirmar cómo la oración, la reflexión y la ayuda material de sus ofrendas son oportunidades para participar activamente en la misión de Jesús en su Iglesia. La caridad, que se expresa en la colecta de las celebraciones litúrgicas del tercer domingo de octubre, tiene como objetivo apoyar la tarea misionera realizada en mi nombre por las Obras Misionales Pontificias, para hacer frente a las necesidades espirituales y materiales de los pueblos y las iglesias del mundo entero y para la salvación de todos.

Que la Bienaventurada Virgen María, Estrella de la evangelización y Consuelo de los afligidos, Discípula misionera de su Hijo Jesús, continúe intercediendo por nosotros y sosteniéndonos.



¡Reverendo,
vaya modales!

Del libro de Mario
Delpini, arzobispo de
Milán, *Reverendo che
maniere!*

Novum istud ministrorum genus. Estos curas jóvenes

Son tan frecuentes las lamentaciones y las críticas sobre los curas jóvenes que me saldría espontáneamente hacer su apología, hermanos



e hijos amadísimos. Sin duda hay que reconocer que entre todos los sacerdotes, los menos capaces de «hacer de cura» son los que acaban de llegar al ministerio. Quizás están más al día en sus lecturas y están prontos a expresar valoraciones, propuestas, decisiones. Pero ¿cómo podemos sorprendernos que les falte experiencia, visión de conjunto, resistencia al cansancio y a las tentaciones, intuición de las personas, y la prudencia adquirida de quien ha visto y sufrido mucho?

[...] Por eso los sacerdotes jóvenes tienen necesidad no tanto de críticas, quejas, reproches, sino de tener cerca a sacerdotes sabios, pacientes, exigentes y benévolos. [...] No sirve de mucho, en efecto, que los sacerdotes experimentados y sabios se reúnan entre ellos para tirarse de los pelos por los retrasos crónicos, la ingenuidad o la arrogancia, la ineficiencia o las rarezas, la ausencia en las celebraciones de la comunidad: todo ello a corregir, si es verdad. En eso estamos de acuerdo.

Es mucho mejor que una fraternidad cristiana permita crecer juntos

en la oración y en la caridad, y que así sea posible también decir al interesado qué cosas se le exigen y en qué cosas debe corregirse.

Si soy espontáneamente alérgico a las críticas y a las quejas, debo reconocer que es difícil la corrección fraterna si uno se considera infalible, irreproachable, indiscutible. Puede ocurrir que el recién llegado asuma la actitud de quien ha decidido un proyecto pastoral antes incluso de haber aprendido el nombre de sus colaboradores y ya haya concluido que su predecesor se ha equivocado totalmente, incluso en el color de la cerámica del baño.

La actitud presuntuosa que inclina al juicio precipitado, a las innovaciones sin criterio, a descalificar el trabajo de los demás, es una tentación comprensible en quien ha cultivado durante años análisis críticos más que responsabilidades sobre personas y comunidades. El fruto verdaderamente deseable de años de estudio y de formación es más bien haber aprendido a aprender, con la mirada fija en Jesús, atentos y admirados de la sabiduría y santidad de los hermanos, deseando con todo el corazón el bien de los hermanos, más que la afirmación de sí mismo y de los propios puntos de vista.

«UN PUEBLO QUE PRODUZCA SUS FRUTOS»

*Dios del universo, vuélvete:
mira desde el cielo, fíjate,
ven a visitar tu viña.*

*Cuida la cepa que tu diestra plantó
y al hijo del hombre que tú has
fortalecido.*

Con el salmo responsorial de la misa del domingo 27 el pueblo pide la intervención de Dios. La cepa que Él «plantó» tiene necesidad no solo de la mirada «desde el cielo» sino de la «visita» de Dios. En el evangelio de ese domingo «en el recinto del templo» encontramos la visita de Dios en la persona del Hijo: Jesús sitúa ante los dirigentes del pueblo el proyecto original de Dios, para que ellos mismos consideren cuál es su responsabilidad.

Todo este proceso, expresado a través de la primera lectura, el salmo y el evangelio, pone de relieve la dimensión colectiva del plan de Dios, pone de relieve el pueblo. Y la conclusión de Jesús es clara en este sentido: «se os quitará a vosotros el Reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos». Dios pone un proyecto colectivo en manos de un pueblo para que dé fruto. No lo pone en las manos de tal y de tal. Ciertamente, el pueblo está formado por personas concretas, cada una de ellas debe asumir la propia responsabilidad, cada una debe responder a un llamamiento

particular. Pero el proyecto es social, y quien debe gestionarlo es un sujeto colectivo: el Pueblo de Dios.

También hoy, como en la época del salmista y como en los días de la vida pública del Señor, tenemos delante el proyecto original de Dios para que nosotros consideremos qué responsabilidad tenemos. Cada vez que la Palabra es proclamada en medio del pueblo reunido, acogemos y celebramos el plan de Dios. Y quedamos comprometidos –cada uno y juntos como pueblo– a ponerlo en práctica.

Y, como en todas las épocas, en la vida de cada día experimentamos que hay situaciones en que no llevamos a cabo el proyecto original; situaciones que nos pueden llevar (nos deberían de llevar) a levantar la mirada al cielo, buscando, convencidos, que encontraremos los ojos de Dios mirando su viña, dispuesto a intervenir. Un ejemplo contundente es la pandemia global, pero hay muchas más, y más graves en número de víctimas.

El Señor, en el «recinto» de nuestros templos, cada día nos interpela y nos hace un llamamiento. Nos cuestiona y nos anima. Y nos asegura que interviene, creando un nuevo pueblo en cuyas manos pone el Reino de Dios.

JOSEP MARIA ROMAGUERA BACH

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona
☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LII

Subscripción anual: 83,00 €

Precio de cada ejemplar: 5,20 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975